

RESEÑAS

GILBERTO CONDE, *Turquía, Siria e Iraq: entre amistad y geopolítica*, México, El Colegio de México, 2013, 192 pp.

Gilberto Conde es una persona de varias inclinaciones intelectuales. Proviene de una disciplina fundada en las ciencias duras, la ingeniería bioquímica. Desde temprano supo conjuntar esa formación con preocupaciones de índole política y social, lo que se evidencia ya en su tesis de licenciatura. Hace más de una década que viene estudiando de modo preferente los problemas ligados a la disponibilidad de agua en lo que suele denominarse Medio Oriente, un ámbito donde, como en el noroeste mexicano, predominan las zonas áridas. A las vicisitudes suscitadas por los recursos hídricos en la región dedicó sus tesis de maestría y de doctorado. El libro que comentamos se origina en ambas pesquisas, particularmente en la segunda, en que se agrega Iraq a Turquía y Siria, los dos países estudiados en la de maestría. Básicamente, el libro que comentamos desarrolla lo que en la tesis doctoral daba contexto y facilitaba la comprensión del conjunto, pero también es mucho más.

Tres países mutuamente limítrofes, enlazados por el Éufrates y el Tigris y desprendidos del plurinacional, pluriétnico y plurirreligioso Imperio Otomano. Es una historia de vaivén, con las consabidas injerencias externas, regionales y extrarregionales, notorias desde la primera hora, cuando a la vuelta de la gran guerra europea se desmembró el imperio, fue proclamada la república turca y en Iraq y Siria se instalaron sendos mandatos, británico y francés respectivamente. Central para la investigación es determinar los factores que contribuyen al conflicto y los que propician la colaboración en las relaciones entre los tres países. En condiciones normales, compartir límites representa una mayor probabilidad de transacciones e intercambios, comparado con la condición de los países no limítrofes. Pero, desde luego, los intercambios entre colindantes no siempre son pacíficos: son posibles la hostilidad, la interrupción de rela-

ciones, las invasiones, etcétera. Los ejemplos de conflicto entre Estados limítrofes son muchos en el globo, incluso en el caso de naciones divididas, como el actual contencioso entre Corea del Norte y Corea del Sur o la áspera coexistencia que todavía hace un cuarto de siglo se daba entre las dos Alemanias.

Se trata de una investigación en tres tiempos y un importante añadido microtemporal, representado por el epílogo. Tras la Introducción, se presenta la base material (incluido el sector servicios): las economías, con varios cuadros estadísticos, donde, con fines comparativos, se incluye México entre unos discretos paréntesis. En el capítulo siguiente se examinan las relaciones mutuas de los tres países durante el siglo pasado, desde la fragmentación del Imperio Otomano hasta la implosión del campo socialista europeo y las proyecciones de la desaparición del sistema bipolar. El capítulo tercero se destina a lo que va del siglo XXI e intenta responder a la pregunta de si hay un cambio de paradigma en las relaciones internacionales. Por último, el epílogo, que se justifica por el peligroso escalamiento de la violencia en Siria, procura dar cuenta de la situación actual (a octubre de 2012) y sus proyecciones subregionales, regionales y mundiales, particularmente de cara a las grandes potencias. Al final vienen tres muy útiles mapas, que respectivamente despliegan la región, la subregión y las cuencas del Tigris y el Éufrates, desde su nacimiento en Anatolia hasta su desembocadura en la breve costa iraquí.

Yo llamaría la atención sobre el cuidado que se ha puesto en proporcionar al lector elementos para comprender la problemática en juego. Se hace hincapié en la importancia de los recursos energéticos y de la posición geográfica en varias encrucijadas regionales, continentales e intercontinentales relevantes. En las conclusiones, tanto en el apartado así denominado como en el discurrir del texto, predomina la prudencia: muestran un deseo de no ser demasiado tajantes. Como es natural, ocupa un lugar destacado en la investigación la estrategia estadounidense a partir de la segunda gran guerra. Se revisa la debatida cuestión de los alcances de la supuesta pretensión de constituir un imperio, tomando en consideración el llamado Proyecto para un Nuevo Siglo, iniciado por un grupo de neoconservadores estadounidenses hacia 1997; se examinan algunas razones

del fracaso parcial de los designios del gobierno de Bush hijo y las modificaciones sobrevenidas durante la primera administración Obama.

Me parece interesante la atención que se presta a lo estructural. Habitualmente, se entiende la estructura por oposición a la coyuntura. A ratos parecería que el texto homologa lo estructural a lo de larga duración, entendida ésta al estilo de Fernand Braudel y discípulos. La serie de componentes estructurales o sistémicos, si se prefiere, ha de suplementarse con las solidaridades entre ellos, destacando de tal forma lo que los organiza. El término *orgánico*, utilizado por algunos autores, pone de relieve esta característica. Al respecto, es significativo que Gilbert Achcar hable de relación orgánica de la cúpula siria con la familia del presidente, como refiere Gilberto Conde al discutir la violenta represión del régimen sirio a pesar de la resistencia abrumadoramente pacífica. El apartado final del capítulo dedicado al siglo veinte, sobre la estructura de las relaciones de Turquía, Siria e Iraq, permite al lector atento establecer los vínculos implícitos.

Un aspecto esencial de la obra, constantemente presente, es el fin, ya apuntado, de proporcionar elementos que permitan modificar la realidad examinada con miras a fomentar una armónica complementación; es decir, no se trata de un simple anhelo pacifista. Ahora más que nunca, dado que en mayor o menor grado los tres países y los pueblos que los habitan no han sido inmunes al horror que viene golpeando cotidianamente a gran parte del mundo islámico, no deja de ser saludable sostener posturas de avenimiento entre aquéllos, por improbables que puedan parecer en el corto plazo acuerdos que sean fructíferos en el mediano y el largo plazos. Se percibe con claridad en el trabajo el afán de buscar compromisos satisfactorios para los distintos agentes; en este caso, el trío de países y una población, la de los curdos, que se reparte entre sus dominios e Irán (sin contar los grupos menores en regiones diversas del planeta). A mi modo de ver es de destacar la convicción expresada por Conde de que es indispensable que los intereses de los pueblos tengan la última palabra, lo cual queda especialmente de manifiesto al final del estudio propiamente dicho, en un pasaje que presenta como meta, centrándose en la energía y el agua,

la creación de un organismo análogo a la Comunidad Europea. (Conclusión, p. 137.) La idea de lo prioritario del interés de los pueblos se retoma en el epílogo y en un artículo en gran medida coincidente con éste, aparecido en la sección de Asia y África Actuales de esta revista, del segundo cuatrimestre de 2013: “Desafíos de la revolución Siria: nuevas mutaciones en las relaciones entre Turquía, Siria e Iraq”. Ambos textos giran sobre todo en torno de las repercusiones de la guerra civil siria en los otros dos países y en el seno de las comunidades curdas. En los tres pasajes, Gilberto previene sobre la dificultad de determinar cuáles son esos intereses. Creo que está pensando, en primer lugar, en los observadores externos, pero no de manera exclusiva. Y también creo que percibe como indispensable que los pueblos decidan. Los gobiernos y los sistemas establecidos acostumbran alegar la existencia de intereses turbios o diáfanos de élites o grupos internos o externos. No es que esos intereses no existan; la cuestión es que generalmente los movimientos sociales no se reducen a esos intereses, no se deben a ellos. El gobierno turco, declarándose temeroso de motivos espurios de la oposición, lejos de acceder a las demandas democráticas lanzó una represora respuesta a las recientes manifestaciones en la plaza Taksim. Las demandas estaban allí, independientemente de la injerencia de grupos internos y externos, cuya meta fuera la desestabilización del gobierno a través del desorden.

Por desgracia, aun descontando la más o menos habitual injerencia de élites interesadas, no hay garantía de que los pueblos o las masas o individuos de a pie, coaligados o aislados, sostengan posiciones no agresivas o de conciliación hacia los otros. El autor menciona al comienzo del libro el papel a veces negativo de lo que Benedict Anderson llama mitos fundadores, que no debemos considerar los únicos elementos potenciales. Un ejemplo espantoso de acción violenta de pueblo contra pueblo, en un siglo de frecuentes espantos, es el de hutus y tutsis en Ruanda, que desde luego no se explica sólo por los mitos fundadores. Dentro del campo mediooriental es difícil negar la participación de numerosos curdos en las matanzas de armenios cuando agonizaba el Imperio Otomano. Pese al encuadre e instigación de las autoridades imperiales de entonces,

representadas por oficiales turcos o turcohablantes, también hubo participación de montañeses curdos, libremente asumida, aunque espoleada por viejos agravios. En Turquía, el dirigente curdo Ahmed Turk ha reconocido hace poco la participación de curdos en las matanzas. No quiere decir, naturalmente, que todos los curdos de entonces y los subsiguientes son culpables. Hubo entre ellos quienes protegieron a los armenios acosados. Por otra parte, recordemos a las víctimas curdas de Halabya a manos del famoso nativo de Tikrit y sus secuaces. Es obvio que de un mismo conjunto humano pueden salir victimarios y víctimas. Si nos detenemos en el Levante, observaremos que en las encuestas de opinión no es fácil discernir una actitud masiva de apoyo entre israelíes al regreso de los palestinos que fueron expulsados cuando se creó el Estado de Israel y más tarde, sobre todo, aunque no solamente, en la guerra de 1967; o en contra de la continua expropiación de tierras, o de la construcción del muro. Es verdad que los gobiernos del globo manipulan (hasta cierto punto) la opinión; pero, igual a como sucede con las personas aisladas, no hay certeza de que a falta de manipulación las actitudes de las masas sean de buena voluntad hacia los ajenos. A lo largo de la historia humana, en las frecuentes suplantaciones de pueblos, los agresores han solido conservar una disposición belicosa para con los que han sido desposeídos o sojuzgados por ellos. Tampoco la falta de manipulación de las élites hace que las visiones de los muchos se ajusten a la realidad; asimismo, no basta con disponer de una información cabal ni con que los pueblos se conozcan bien, como suele afirmarse con cierta ligereza. No olvidemos que la profesión de espía se ejerce a través del conocimiento. Por otra parte, si hay fuerte división dentro de un pueblo, como vemos en los tres países, incluidas las poblaciones curdas, no podrá hablarse de intereses del pueblo sin más; la mejor opción, no por fuerza inmejorable, sería que hubiera democracias funcionando, que decidieran las mayorías respetando a las minorías y a los demás pueblos.

Será preciso, entonces, atender a una multiplicidad de agentes capaces de encarrilar intercambios pacíficos y provechosos para el mayor número. En primer lugar, no hay que perder de vista a los actores internacionales. A veces exageramos, queriendo dar a entender más de lo que la realidad permite; así, se

habla de comunidad internacional, intereses nacionales, seguridad nacional, cuando en verdad a menudo se trata de parcialidades. ¿Las decisiones de la comunidad internacional son lo que deciden los pocos con megapoder? Está muy presente en el libro la distinción entre élites y pueblos, y entre autoridades y sociedad, distinciones que desde luego son válidas, aunque no siempre quedan asumidas. A cada paso se mencionan en la obra consideraciones geopolíticas y geoestratégicas. En un trabajo anterior, Gilberto Conde se acoge a una distinción relativamente en boga sobre el concepto de geopolítica, según el predominio o no de factores ideológicos. Aquí queda claro, en todo caso, que se opta por una concepción que admite la operatividad desde la óptica de los agentes internacionales.

¿Por qué, frente a conflictos mayores, esos agentes, incluidos los regionales y locales, han tendido a descuidar la búsqueda de soluciones negociadas, hasta agotarlas de verdad, en vez de apresurarse a declararlas agotadas después de intentos exiguos o insinceros? El caso de Libia es palpable. Es verdad que había un sector de los opositores a Gaddafi que había optado por la vía armada, particularmente en el este del país, y que propiciaba la creación de una zona de exclusión aérea; pero no me cabe duda de que no se hizo ni de lejos lo humanamente posible por alejar la violencia, que en última instancia perjudica a la mayoría de la población. ¿Por qué la “comunidad internacional” logró, mediante negociaciones, que Gaddafi se aviniera a liquidar su proyecto nuclear y, sin embargo, esa misma comunidad no siguió la misma ruta a fin de asegurar un desenlace menos dañino que incorporara el respeto a los derechos humanos? La semana pasada, al leer un artículo de *Foreign Affairs* (septiembre-octubre 2013: Akbar Ganji, “Who Is Ali Khamenei? The Worldview of Iran’s Supreme Leader”), me enteré con cierta sorpresa de que Jamenei planteaba algo semejante; no debería sorprendernos demasiado, sin embargo, en vista de los probables objetivos del líder supremo iraní. Hoy, el dictador libio ya no está y algunas cosas han mejorado, pero la situación en el país no puede calificarse ni de próspera ni de democrática. De nuevo están sobre la mesa letales misiones humanitarias contra Siria. Es extraño que desde los primeros meses del movimiento sirio algunas potencias invocaban, como única salida, que al-Asad

dimitiera. Habría algo que añadir sobre las teatrales líneas rojas, en relación con el uso de armas químicas o de otra índole. Remito al interesante *blog* de Stephen Walt sobre la predilección de los gobiernos estadounidenses por las soluciones armadas en detrimento de la diplomacia (“Which Works best: Force or Diplomacy?”, *Foreign Policy*, 21 de agosto).

Parecería que para resolver de manera pacífica los conflictos no es suficiente lo que llaman una cultura de paz; como quiera, de darse tendría que compartirse entre los fuertes y los débiles. Quizá hayamos sido muchos los que nos hemos preguntado por qué en Siria los manifestantes siguieron saliendo a la calle cuando francotiradores y cuerpos regulares comenzaron a tirar a matar. Seguramente pesó el que incluso si no salían a la calle iban a ser cazados y torturados, en consonancia con el historial de una dictadura más que cuarentona, algo muy semejante a las prácticas de la empedernida y ahora remozada dictadura militar egipcia. En cuanto a hombres armados entre los manifestantes, puede hablar uno de legítima defensa y, posiblemente, también de provocadores. Vale la pena investigar con claridad. Otros personajes insurgentes, y quienes los patrocinaban, ya tenían claro que deseaban un enfrentamiento armado, sin fijarse mucho en los costos humanos. Vienen a la mente valedores como los regímenes de Arabia Saudita y Qatar, que harían bien en *primaverizarse, motu proprio* o mediante algún estímulo.

Antes de terminar, me permitiré un par de sugerencias marginales para una segunda edición. Convendría indicar qué método se empleó en los cuadros del primer capítulo para amalgamar las fuentes en los casos en que se tomó más de una. La cuestión resulta pertinente en vista de que, tal como el propio autor observa, las informaciones de las distintas fuentes no siempre cuadran entre sí. En el plano de los intercambios y las comunicaciones sería provechoso indicar carreteras y vías férreas, y su importancia, así como tráfico aéreo de pasajeros y mercancías, y el grado de afectación de las comunicaciones debido a la violencia.

RUBÉN CHUAQUI
El Colegio de México